

Los Caracoles

Primera Parte

Dicen que los opuestos se atraen. Debe ser verdad, porque no cabe otra explicación para el romance que estalló como petardo en carnavales entre Evaristo Bulunga y Tomasa Bacán apenas se conocieron en aquel baile. Evaristo era negro como el carbón que se sacaba de los árboles que tumbaba. Un fornido leñador, de amplias espaldas y brazos como troncos de ébano. Tosco, de pocas palabras, analfabeto, y supersticioso. Amante del ron, la cerveza, el dominó y los dados, y las mulatas de caderas amplias. Ah, y el chilindrón de chivo entomatado.

Tomasa, por su parte, era una morena clara, esbelta, de perfil clásico y ojos un poco achinados. Bastante bien educada para los estándares de Sagua de Tánamo, sabía leer y escribir y las cuatro operaciones, y hasta hablaba un poco de inglés chapurreado cortesía de su tío, el que había laborado en Guantánamo. Creía por partes iguales en los santos de la iglesia católica y los orishas yorubas. Seguía la regla de Yemayá, la madre de todos los orishas, la diosa de los mares y todas las aguas. (Evaristo, por el contrario, era seguidor de Changó, el dios del fuego, los rayos y los truenos, y la guerra, y cada 4 de diciembre participaba en los ritos que conmemoraban la fiesta de ese orisha y su contrapartida católica, Santa Bárbara.)

Tras de un breve noviazgo, Evaristo y Tomasa dieron a conocer a todos su intención de casarse. Esos planes no fueron bien recibidos, ni por la familia de Tomasa, ni por los compadres de Evaristo. Todas las partes interesadas opinaban que tal unión era inconcebible y potencialmente desastrosa. “No sé lo que ella le puede encontrar,” anunció la abuela Pancha, resumiendo la apreciación de la familia Bacán. Los amigos de Evaristo eran en substancia de la misma opinión, aunque la expresaban en forma un tanto más vulgar dado que se movían en un círculo menos exaltado de la sociedad de color tanameña.

De nada valieron las objeciones. Evaristo y Tomasa se casaron y se fueron a vivir en un bohío que Evaristo tenía en la Loma de los Calderos, en las afueras de Sagua. El continuó con su oficio de leñador y Tomasa trató de aprender a ser ama de casa, a cultivar el huerto de donde provendrían las viandas para su mesa, atender a un par de gallinas y un puerco, y darle atención a Isabel, la mula de Evaristo.

Casi de inmediato comenzaron las dificultades. El poco dinero que ganaba Evaristo apenas alcanzaba para eludir el hambre, y nunca alcanzó para comprar muebles, o alfombras, o cuadros con que adornar las paredes. Evaristo permanecía en casa por las noches, pero se sentía inquieto por falta de las distracciones que disfrutaba de soltero. Se pasaba las noches sentado en un taburete al frente del bohío, fumando un tabaco y contemplando las estrellas. Se aburría.

Como cocinera, Tomasa era pésima. Su plato principal era yuca y malanga hervidas, suplementada con patas de pollo, hígados y otras minucias. También sabía preparar un

quimbombó insípido, un fufú de plátano, y un sancocho pálido cuyo único elemento de interés era proporcionado por cantidades excesivas de ají picante.

Evaristo apenas conseguía tragar la comida, y eso causó la primera gran pelea entre los nuevos esposos. Al cuarto o quinto sancocho, protestó:

“Tomasa, mi vida, ¿no puedes preparar otra cosa?” “Eva, perdóname, pero mi mamá me enseñó a coser y a limpiar pero nunca me llegó a dar lecciones de cocinar. Lo poco que sé lo aprendí viendo a la criada preparar sus almuerzos.”

“¿Tu crees que si compro un corte de chivo me podrás hacer un chilindrón?”

“No me atrevo, y no sé como se hace.”

“Le puedes preguntar a tu mamá.”

“Tu sabes que ella casi no me habla desde que nos casamos.”

“¿Y tus amigas?”

“Todas me han dado de lado. Es decir, todas menos Eulalia, pero ella tampoco sabe nada de cocinar.”

“¿No te puedes conseguir la receta por alguna parte, a lo mejor en la biblioteca pública? Al menos sabes leer, no eres analfabeta como yo.”

“Está bien, veré como la encuentro.” Pero no lo hizo, porque tenía miedo a aventurarse a hacer cosas difíciles, y siguieron los sancochos desabridos.

Pero las mayores dificultades eran en la cama. Los apetitos de Evaristo eran inexhaustibles, y sus demandas intensas y a veces dolorosas. Al principio, Tomasa participaba con gran entusiasmo en los juegos de amor, pero con el tiempo fue perdiendo la atracción y aceptaba las acometidas de su esposo con resignación. Evaristo comenzó siendo indiferente a la falta de calor conyugal. Sin embargo, según pasaron los meses y se fueron convirtiendo en años, la tibieza entre ambos se agudizó, y se hizo peor por la ausencia de prole. A pesar de redoblar sus esfuerzos, Evaristo no lograba preñar a su señora, y la falta de herederos pendía, como una espada de Damocles, sobre el matrimonio. Una penumbra envolvió paulatinamente la atmósfera en el bohío, hasta que produjo una tiniebla espiritual que ni los bombillos de cien bujías hubieran podido penetrar (de haberlos habido).

Tras un par de años, Evaristo retornó a sus hábitos de soltero. Comenzó a reunirse con sus amigos de antaño para tomar guarapo y ron y jugar al cubilete. En esas ocasiones, regresaba al bohío dando traspiés, a media madrugada. Otras veces se iba de la choza después de cenar y no regresaba hasta el día siguiente, y ocasionalmente se pasaba dos o tres días fuera.

Tomasa le hizo frente a la disolución del matrimonio con cierta ecuanimidad, aunque no siempre en silencio. Poco a poco sus quejas y regaños se hicieron más estridentes, y al final casi recibía a gritos a su marido cuando llegaba borracho al cantío de los gallos.

¿Cómo pudieron llegar a quince años de casados sin estallar como siquitraque de carnaval? Ese es otro misterio. Pero el caso es que la noche del décimo quinto aniversario de bodas los encontró sentados uno frente al otro ante la mesa que ocupaba la parte trasera del bohío. Evaristo estaba sobrio, y fijaba sin ver su mirada en la pared desnuda. La cara de Tomasa estaba hinchada y rojiza, como si a penas acabara de llorar. Se contemplaron en silencio por un largo rato, como si ninguno se atreviera a iniciar la conversación. Al final, Evaristo tragó en seco y dijo con voz cortada:

“Tomasa, esto no es vida. No podemos seguir así. Voy a plantearte el divorcio.”

Tomasa emitió un gemido ronco, como de sollozo abortado. “Evaristo, yo como cristiana no creo en el divorcio. Te ruego que hagamos algo para componer las cosas.”

“¿Qué vamos a hacer? Cada día nos alejamos más, y los años se nos están echando encima. Yo quiero disfrutar la vida en el tiempo que me queda. Estoy pensando irme para Santiago donde mi primo Yumiel y meterme de albañil con él.”

“Por favor,” replicó Tomasa, un tono de desesperación en la voz. “Por qué no hacemos una prueba, un esfuerzo para olvidarnos de todos nuestros problemas, borrón y cuenta nueva?”

“¿Cómo qué?”

“Tal vez unas vacaciones, un cambio de aire que quizás nos siente bien.”

“Unas vacaciones, adónde?” preguntó Evaristo con marcado escepticismo. “Y cómo las pagamos?”

“Yo he estado ahorrando todos estos años para la canastilla de Odalys, pero nuestra hija parece que no viene pronto. Mejor invertir ese dinerito en nosotros, y si vienen los niños ya veremos qué hacemos.”

“No sabía que teníamos ningún dinero. Yo nunca he estado ni siquiera en Holguín, mucho menos la capital. No conozco a nadie allá, y no sabría ni adónde ir.”

“¿No te acuerdas de mi prima Caridad, te la he mencionado varias veces? Vive en Santiago de las Vegas, que está cerca de La Habana. Ella me ha ofrecido su casa. Aparte del transporte, los costos del viaje no serán tantos.”

“No sé, a mí no me gustan las aventuras. Soy de campo y las ciudades me asustan un poco.”

Tomasa dejó escapar una breve carcajada. “¿No decías que te ibas para Santiago? Qué crees, que vas a vivir en un batey?”

Si Evaristo no hubiese sido tan prieto, su cara se hubiera enrojecido. En vez de mostrar bochorno, estremeció los hombros y dijo con voz trémula, como si tanteando la idea:

“Yo no salgo de aquí sin hacer una consulta. Muchas cosas pueden pasar si nos lanzamos tan lejos por las carreteras.”

“Mmmm...” replicó Tomasa, pensándolo. “Está bien, aunque yo no creo en consultas. Pero si la vamos a hacer, que sea echando los caracoles, como nos enseñó la Gran Madre. Yemayá inventó el uso de los caracoles sagrados para adivinar el futuro.”

Evaristo rechazó traer a Yemayá a enjuiciar el asunto. “No, no confío en los dichos de las mujeres, que siempre son falsos. Mejor nos vamos a un santero de Ogún, el orisha que rige los metales y las herramientas, y la guerra. Los olorishas de Ogún son gente seria.”

Tomasa apretó los labios con desagrado, pero al cabo inclinó la cabeza y aceptó.

“Bueno, tu busca en Sagua un santero de Ogún, y yo mientras tanto le escribo a Caridad para planear el viaje.”

“Así lo haremos.”

Segunda Parte

Según corrieron las cosas, Evaristo buscó por los dieciocho barrios de Sagua de Tánamo y no pudo encontrar un santero de Ogún a quien hacerle la consulta. Tuvo, por lo tanto, que transarse por uno de Eleguá, que es el orisha principal para las consultas de caracoles. A Evaristo no le gustó el cambio, porque los adeptos de Eleguá tienen fama de ser poco escrupulosos. Son habladores y pueden vender hasta lo imposible si se les deja hablar. Se inclinan a la corrupción, el timo, la estafa y las intrigas políticas, lo que les garantiza el éxito en la vida y en la práctica de su profesión. Pero Tomasa le recordó que los lectores de caracoles tienen un compromiso espiritual de decir lo que los Santos dicen, ni lo que al lector le conviene decir ni lo que el consultante prefiere escuchar. Así es que a un lector de Eleguá recurrieron.

El lector que eligieron fue recomendado por un babalawo de Changó a quien Evaristo respetaba. La casa del lector se encontraba en el barrio de Naranjo Agrio, en la carretera Sagua-Guantánamo. Evaristo y Tomasa se fueron allí un lunes a primera hora, montados en la mula Isabel.

La tal casa era un edificio de madera con techo de yaguas. Para un ciudadano sería tal vez una vivienda pobre, pero para Evaristo, acostumbrado a un bohío con piso de tierra, le pareció casi una mansión. Sin embargo, la decoración interior era extraña. Las paredes estaban pintadas de un rojo oscuro, y las lecturas se hacían en una mesa de ébano sobre la cual yacían

varios objetos, como unos cascabeles, un bastón de guayaba, una maraca pintada de rojo y negro, y una pila de monedas de baja denominación.

Les abrió la puerta el lector, quien les informó que su nombre era Edelmiro pero todos lo llamaban Pupo. Era un mulato de mediana estatura y movimientos precisos, con pelo que hubiera sido rizado si no estuviera tieso con una pomada de olor penetrante. Estaba vestido con unos pantalones negros y un saco rojo, y un sombrero rojo adornado con caracoles. Tenía en el cuello un gran collar de cuentas rojas y negras alternadas.

Pupo les preguntó si habían venido a hacer una consulta. Evaristo respondió: “Sí, ilustre. Estamos planeando un viaje importante y queremos saber si hay buenos augurios.”

Pupo contestó de inmediato: “Hicieron bien en venir aquí. Como seguramente saben Eleguá es el orisha principal, es el dueño absoluto de los caminos y el destino, es quien cierra o abre el plano astral para la felicidad o infelicidad de los seres humanos. Siempre se debe contar con él para realizar cualquier cosa. Es el portero de todos los viajes, sean por placer o por necesidad.” Todo esto lo dijo con rapidez, como recitando un poema muy bien sabido.

Tomasa le aclaró: “El viaje que planeamos es de placer, pero es muy importante para nosotros.”

Pupo cerró los ojos y se pronunció: “Entonces tenemos que seguir el Elegua Alá Lu Banshé, que es el camino de Eleguá que rige sobre el destino. Bajo este camino, el orisha domina y es dueño y señor de todo lo que se piensa hacer, de las situaciones que puedan ocurrir y de los pasos que se puedan dar. Rógemosle a Eleguá que emprenda ese camino.” Entonces, sin pausar ni cambiar de tono, le preguntó a Evaristo: “¿Qué ofrendas le traen al Santo?”

“Somos pobres, todo lo que tenemos es una jutía que atrapé la otra noche,” respondió Evaristo, abriendo un saco que traía en el que se encontraba el cadáver de una gran rata con la cabeza aplastada y sangrienta. “Me dicen que la jutía es una de las ofrendas preferidas por Eleguá.” Pupo no ocultó su desgano, y replicó con voz cortante: “Generalmente, para una consulta importante como ésta, lo que se trae es un chivo o al menos un par de pollos. No sé como reaccionará Eleguá ante lo que le ofrecen.”

“No tenemos dinero para eso,” respondió Tomasa, suspirando. “Si no basta con esto, nos tendremos que ir.” Ya daba la vuelta para marcharse cuando Pupo respondió: “No es una oferta ideal, pero tal vez el Santo los mire con compasión. Vamos a proceder con la consulta.”

“Gracias, ilustre, muchas gracias” respondió Evaristo.

“Les explicaré brevemente lo que vamos hacer,” dijo Pupo, otra vez en su tono didáctico. Ya yo me he purificado, y ahora voy a rogarle a Eleguá que nos dé su guía.” Y sin más, dio dos pasos hacia un altar que contenía una imagen del orisha, y entonó con reverencia: “¡Laroyé Eleguá!” Entonces virtió un poco de agua sobre el tablero donde se tirarían los

caracoles, diciendo: “Omí tutu Ana tuto Tutu larolle Tutu ilei,” es decir “agua fresca para refrescar la casa.”

Del altar tomó entonces entre las manos una cantidad de pequeños caracoles marinos, y volteándose hacia la pareja, les dijo: “Eleguá tiene 21 caracoles, aunque solo usamos en la consulta 16, llamados los Dilogún, y el resto son los *Adele* que se dejan a un lado y hacen de testigos de la lectura. Cada caracol tiene una de sus partes abiertas, y cuando los tiro si esta parte cae boca arriba se dice que ese caracol habla. Solo los caracoles que hablan cuentan para la lectura. Yo tiro los 16, pero estoy capacitado solo para leer los primeros 12, y el resto solo los puede interpretar un babalawo, quien no se encuentra presente. Hago la operación de tirar los caracoles dos veces, para tener una lectura más precisa.” Diciendo eso, sacudió los caracoles y los dejó caer en el tablero. Cinco caracoles se mostraron abiertos. Recogió los caracoles con cuidado, los encerró en sus manos, y tras de sacudirlos los lanzó otra vez. De nuevo, cinco caracoles hablaron. Frunciendo las cejas, Pupo murmuró: “ochémelli.”

Evaristo y Tomasa dijeron al unísono: “Qué quiere decir eso?” “Normalmente, sería necesario precisar la pregunta al santo, hacer una tirada con un igbó,” fue la respuesta. “Y eso qué es,” preguntó Evaristo, exasperado. “El igbó determina si la respuesta a la pregunta que se le hace al santo es sí o no. Es decir, si el vaticinio sugerido por los caracoles es positivo o negativo. Pero en este caso, la respuesta es clara, y no es buena. Cinco-cinco significa malas noticias, muerte, desbarate. Corre la sangre, viene el médico. La respuesta de Eleguá es que uno de ustedes, o los dos, estarán en grave peligro de muerte cuando den el viaje.”

Evaristo y Tomasa se miraron aprensivamente. Tomasa había palidecido y estaba temblando un poco. Al ver esto, Evaristo preguntó: “¿No hay nada que se pueda hacer?”

“Me temo que no,” dijo Pupo, aunque en un tono evasivo. A Evaristo le dio la impresión de que Pupo no quería hacer más esfuerzos al precio de una jutía. “Si quieren, les puedo recomendar otro santo o un babalawo que le haga una lectura más profunda.”

“No, muchas gracias, ya lo pensaremos,” replicó Tomasa.

El viaje de vuelta en Isabel fue largo e incómodo. Apenas Pupo les había cerrado la puerta, prácticamente en las narices, comenzó la discusión. Tomasa, que de entrada tenía bastantes dudas sobre hacer consultas, insistió en que no le prestaran atención a Pupo, que no era más que un charlatán y un estafador. Evaristo no creía que la cosa era tan fácil, y a pesar de su escasa educación se daba cuenta que la consulta le había creado complicaciones cósmicas. Por desgracia, no tenía manera de buscar respuesta externa para sus dudas, porque Tomasa no iba a sacrificar sus ahorros para pagar por otra consulta. Tendrían que decidir el plan de acción en base a lo que sabían.

Durante los días siguientes, Evaristo examinó la situación bajo todos los ángulos. Tomasa no lo dejaba en paz; en vez de escribir, había ido a Sagua de Tánamo a un teléfono

público a llamar a Caridad por larga distancia, y Caridad le había reiterado que los recibiría con los brazos abiertos cuando se aparecieran. En vista de esto, Tomasa comenzó a hacer los preparativos del viaje, pidiéndole a sus primos que vinieran de vez en cuando a dar de comer a Isabel, a las gallinas, y al puerco que estaban engordando para nochebuena. También volvió a Sagua a averiguar los horarios de los ómnibus y a comprarse un vestido nuevo, modesto pero de buen corte, para ponérselo durante el viaje.

Después de mucho cogitar, Evaristo consiguió reducir el problema a tres interrogantes básicas. Primera, ¿eran los resultados de la consulta dignos de confianza? Segunda, ¿era el pronóstico de catástrofe ineludible, o era sólo una posibilidad que podría no ocurrir? Y tercera, la más difícil, ¿estaba él dispuesto a tomar riesgos con la vida de Tomasa?

Ninguna de las interrogantes era fácil. No confiaba en los oráculos de Eleguá, el dios tramposo, y mucho menos cuando Pupo se había comportado en forma tan escurridiza. Por otra parte, había confirmado con el santero de Changó que el resultado que habían obtenido de la tirada de caracoles indicaba gran peligro. Tras muchas dudas, concluyó que lo más responsable era asumir que la lectura era legítima y así lo era la predicción de gran desastre.

La segunda interrogante se hacía complicada al no saber si los resultados de una lectura de caracoles eran totalmente determinativos, o si solo indicaban una posibilidad que se podía evitar. Además, no sabía si el riesgo existía solo porque iban a dar el viaje, o si podía ser evitado quedándose en casa. Un par de noches sin dormir lo llevaron a la conclusión de que habían ido a hacer la consulta con referencia al planeado viaje, y Eleguá era el santo que mejor podía predecir lo que iba a pasar una vez que tomaran el camino. Así es que, otra vez tratando de ser lo más conservador posible, era mejor (o, digamos, menos arriesgado) el quedarse en casa, no obstante las protestas de Tomasa.

Pero eso traía a colación la tercera interrogante. A él no le importaba tanto arriesgar su vida, pero ¿qué de la vida de ella? Sus sentimientos hacia la esposa eran muy conflictivos, estaba seguro que ya no la quería, es más, ya no la soportaba, pero ¿qué pasaría si daban el viaje y ella perecía? ¿No sería una forma de liberarse? Era muy difícil, no, insoportable, el contemplar el resultado casi canallesco de seguir con el viaje en la esperanza de que algo malo le pasara a ella.

Al final, se dio cuenta de que como persona decente que era, su deber era evitar que su esposa sufriera daños. Al cuarto día de torturarse mentalmente, tomó una decisión final: desistir del viaje, en la expectativa que sería lo mejor, o quizás lo menos malo, para los dos.

Cuando le anunció su decisión a Tomasa, ella puso el grito en el cielo. “Eres un ignorante, y un salvaje. Un supersticioso que cree lo que un negro vestido como un pirulí le cuenta. Si te quieres quedar, lo harás tú solo. No hables más, que ya no quiero ir a ninguna parte contigo. Mañana me voy para casa de mis padres y de ahí tal vez tomo pasaje para La Habana yo sola.”

Evaristo trató de explicarle sus razones, o la mayor parte de ellas, pero Tomasa estaba intransigente. Al final, ella dio una patada en el piso que hizo saltar la tierra, y anunció: “No me quedo un día más contigo. Hoy me voy a casa de mis padres. Y de ahí nos divorciamos.”

Evaristo se fue para el monte en lo que ella recogía sus pocas pertenencias, y no dijo nada cuando ella se montó en Isabel y partió para el pueblo.

Cuando Tomasa regresó a casa de sus padres, ellos la recibieron como al hijo pródigo, con gran alivio y entusiasmo. El padre hasta fue al centro a comprar varias chernas para preparar un festín familiar en su honor.

No fue sino un par de días después que Evaristo se enteró que los pescados con que festejaron a Tomasa estaban cigüatos. Los padres de Tomasa, y sus hermanos y cuñadas, estuvieron graves, pero se repusieron. Tomasa, desgraciadamente, calló en una coma de la que nunca se recuperó.

La noticia del fallecimiento de Tomasa dejó a Evaristo un poco consternado. ¿Fue culpa suya el causar la muerte de su esposa por al cancelar el viaje? Pero si hubieran partido para La Habana, ¿no hubiera pasado lo mismo? Si el futuro está predestinado, ¿se le puede eludir?

Al cabo de pensarlo un rato, decidió que estaba bueno ya de tantas divagaciones. El caso es que Tomasa había desaparecido de su vida, y otra vez estaba libre. Encendió un tabaco, y se fue a buscar a sus amigos.